

Frank Palmeri, *State of nature, stages of society. Enlightenment conjectural history and modern social discourse*, Nueva York, Columbia University Press, 2016, 384 págs.

Comencé a leer este libro por una casualidad. Estudiaba las concepciones sobre el estado de naturaleza en los contractualistas y cómo casaba con la mentalidad ilustrada, y el libro me ofrecía en el título una posible visión de ambos extremos. A medida que avancé en la lectura me di cuenta de que poco tenía que ver con mi tema en particular, pero que el texto era muy ilustrativo de esa mentalidad. *Estado de naturaleza, etapas de la sociedad. La historia conjetural en la Ilustración y el moderno discurso social*, resultó ser un libro incisivo y atrapante.

Frank Palmeri enseña inglés en el Colegio de Artes y Ciencias de la Universidad de Miami, y es un especialista en literatura comparada. Con anterioridad, 2003, había publicado *Sátira, historia, novela. Formas narrativas 1665-1815*. En esta su nueva publicación hace de la historia conjetural el corazón de la tesis. Conviene que comencemos por explicar el concepto.

Según Palmeri la «historia conjetural» es un género, una forma de hacer historia, que se caracteriza por ser indocumentada, pues no se basa en registros escritos; es una historia no providencialista, naturalista, no bíblica, en el sentido de que no trata de hechos necesaria o regularmente ordenados, que Dugald Stewart llama «historia natural»; presenta el desarrollo de la historia profana de la humanidad a través de diferentes edades o estadios que suelen no ser intencionales; por ello, se apoya en bases no contractuales para describir un proceso espontáneo, no deliberado; tiene una tendencia a la universalización, de valor explicativo general, centrada en Europa, el eurocentrismo; y es una narrativa del progreso, el cambio trae mejoras, que algunas las conciben en forma lineal y de manera ininterrumpida, otras señalando efectos dañosos o contraproducentes, una reversión; y algunas con pesimismo o ambivalencia.

Cuando leí esta descripción, que está en la «Introducción» y se reitera en el capítulo primero, me di cuenta de su importancia por cómo respondía a la manera de pensar en la Modernidad a partir de hipótesis, presupuestos mentales, ficciones. Pero faltaba todavía una mayor especificación, que Palmeri formula inteligentemente. La narrativa histórica conjetural se elabora sobre una «modalidad negativa»: no se basa en documentos ni en evidencias materiales; son no providencialistas, Dios no cuenta en la historia; el progreso no es exterior a la libertad del hombre sino immanente

a los procesos sociales; el paso de un primer estado de vida a otros posteriores es no contractual; establecen la no correspondencia entre las intenciones humanas y sus resultados.

Lo que sigue es nada más que el esqueleto de este excelente libro, muy bien escrito, rebosante de sagacidad y perspicacia, que nos invita a recorrer las historias conjeturales desde el siglo XVIII al nuestro. En el capítulo 1 indaga a historia conjetural tal como nació en la Ilustración, trabajando en las obras de J.J. Rousseau, Adam Smith, David Hume, Adam Ferguson, John Millar, Johann G. Herder y el Marqués de Condorcet. En este tiempo se dan todos aquellos elementos que describen la forma de la historia conjetural.

En capítulo 2 estudia la economía política y la cuestión del progreso, recurriendo nuevamente a Smith y Hume, a los que se añaden Thomas Malthus, Harriet Martineau, John. S. Mill y Karl Marx. Confieso que en este preciso momento me asaltó la certeza de que la economía moderna se basa en conjeturas respecto del hombre y sus tendencias, y que, a pesar de ello, se dice científica y se toma en serio.

Sigue el capítulo 3 sobre la ciencia de la sociedad, la sociología como explicación de la historia conjetural, que describe en los análisis de las obras de Auguste Comte y Herbert Spencer. En capítulo 4, uno de los más interesantes, considera los orígenes de la cultura y la antropología, analizando varios autores (entre ellos el socio de K. Marx, F. Engels), que recurren a la historia conjetural como parte relevante de una antropología cultural que se elabora a partir de inferencias especulativas, necesariamente basadas en poca o ninguna evidencia documental o material para los tiempos prehistóricos. Conciben la sociedad primitiva, de los hombres salvajes, como holística, pues todas sus instituciones están interrelacionadas y son concordantes entre sí, de modo que el estudio de la religión, las leyes, los modales o las artes de una sociedad mostraría que todos son congruentes. Es un ejercicio de desmitificación típicamente ilustrado, etnocéntrico, europeísta.

En el capítulo 5 traza la prehistoria de la humanidad como la entendieron Darwin y Nietzsche. Su factura es ejemplar y acaba mostrando de qué manera el evolucionismo biológico naturalista y determinista de Ch. Darwin se convierte, en F. Nietzsche, un evolucionismo social o cultural, también naturalista y voluntarista. Esto ha permitido esbozar el «principio Nietzsche-Darwin», anticipado por el sociólogo S.J. Gould, y que se expresa, sintéticamente, así: un cambio menor en una forma puede ser o estar relacionado

a un cambio radical en la función; esto es, adaptación, en el sentido según el cual los cambios menores en la forma o estructura están asociados a cambios significativos y más veloces en las funciones o significados.

Es un proceso gradual o incremental que se da tanto en la biología evolutiva de Darwin como en la genealogía histórica de Nietzsche. «La forma es fluida –afirma Nietzsche–, el significado [función] lo es más aún.» Ni qué decir que buena parte del pensamiento hodierno, en todos los ámbitos, parece estar conformado al principio de Darwin y Nietzsche. Huelgan los ejemplos en la política, la economía y la moral.

Después, en el capítulo 6, toma en consideración la psicología social de la religión, escrutando los textos ya clásicos de Max Weber, Emile Durkheim y Sigmund Freud, supuestamente científicos, que tienen una estructura conjetural en la base, cuando describen los orígenes de la religión en las sociedades y/o en la conciencia. El capítulo 7, que bien puede aprovechar Juan Manuel de Prada, rastrea la historia conjetural en las novelas históricas del siglo XIX, Walter Scott, especialmente *Waverley* (1814); Honoré de Balzac, *Las ilusiones perdidas* (1837-1843); George Eliot, *Middlemarch* (1871-1872); y H. G. Wells, *Tono-Bungay* (1908-1909).

Las conclusiones son de enorme interés. A pesar de que el género parece haber decaído, por la profesionalización y especialización de las ciencias, no ha desaparecido del todo. Palmeri pone varios ejemplos de la sociología, la ciencia política, la economía, la gran historia, pero lo más sugestivo es descubrir el pensamiento conjetural en varios trabajos de M. Foucault que el autor peina: *Historia de la sexualidad*, *Vigilar y castigar* y principalmente *Las palabras y las cosas*. No todo es conjetural en Foucault, es cierto, pero se conservan elementos para reconstruir las historias, especialmente las transiciones de una forma a la otra o un período al otro.

Lejos de evaporarse, la historia conjetural continúa. En la cita de T. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (pág. 270), hay una explicación que merece ser atendida: los cambios de paradigmas en las ciencias (en todo saber) vienen menos de las evidencias que de las buenas teorías. He aquí el problema eterno con la Modernidad, el racionalismo, el principio de inmanencia, que impone la razón al ser de las cosas. Porque una razón que no aprende de las cosas necesariamente inventa las cosas.

Palmeri no tiene una inquietud filosófica, ha leído los principales textos en tanto literarios, encontrando en ellos el patrón de la

historia conjetural, si bien no suelen darse cada uno de los elementos en todos los estudiados. Porque no ha hecho historia de la filosofía, Palmeri apenas sí plantea cuestiones ajenas a su propósito. Ni siquiera hay en su investigación palabras de elogio o de censura a la historia conjetural. Pero quien recorre las páginas con otros ojos y otros hábitos intelectuales, encontrará material para reflexionar. Porque devela aspectos reconocidos de la mentalidad moderna.

Quiero, para terminar, señalar algunas de esas huellas. La primera es la repetición de que el miedo y la violencia, como elementos constitutivos de la narrativa, siempre exagerados en su rol central en la historia humana, que lleva a pensar en una natural enemistad entre los hombres, que Nietzsche resume en la frase «el horror y la sangre están a la base de todas las cosas buenas». La segunda, es la idea de los efectos no queridos, aquello de que de lo peor suele nacer lo mejor, que no sólo resalta el carácter relativo e intercambiable del bien y del mal, sino que permite entender la historia negando toda teleología, como un conflicto entre términos contrapuestos: religión y razón, ricos y pobres, ignorancia y ciencia, tradición y progreso, etc.

En tercer término, en casi todos los casos, hay un profundo desprecio y rechazo a la religión, especialmente si institucionalizada, al modo como se ve en los pródromos de la Modernidad con Maquiavelo y Lutero, y que en la historia conjetural se presenta asociada a lo salvaje, lo inmaduro, lo violento. Por último, la confirmación de que las ciencias modernas se sostienen en conjeturas, que estas ciencias no son científicas, porque no son verdaderas, porque siempre tienen un origen hipotético, conjetural.

Juan Fernando SEGOVIA

José Antonio Santos, *Apuntes de Historia Económica española y perspectivas*, Madrid 2020, 257 págs.

José Antonio Santos, licenciado en Derecho y en Empresariales de ICADE, ha desarrollado su actividad profesional como analista de información económica y financiera para la banca y como analista independiente en la gestión de carteras de inversión.

La obra objeto de reseña tiene el modesto título de «Apuntes», pero resulta que el lector se enfrenta con algo muy denso y completo que abarca la Historia económica de España desde finales